

Por una reformulación de lo social *

William H. Sewell Jr.

University of Chicago

Resumen: El giro lingüístico o cultural en el campo de los estudios históricos ha significado el alejamiento de una versión de la historia social estrechamente ligada a los métodos y categorías sociológicos. Sin embargo, el énfasis creciente sobre el papel del lenguaje ha provocado un excesivo debilitamiento del contenido social de la historia y un olvido de las bases materiales de la vida social. El autor de este artículo aboga por una rehabilitación de lo social, aunque sin abandonar las contribuciones hechas por el giro lingüístico. Esta nueva historia social necesitaría reformular el concepto de lo social y elaborar, tomando en cuenta dichas contribuciones, una visión más refinada de la dimensión social de la historia.

Palabras clave: lo social, giro lingüístico, historia social, juegos de lenguaje.

Abstract: The linguistic and cultural turn in historical studies represented an essential discontinuity with an understanding of social history as inescapably built upon sociological categories and methods. Emphasis on language, in contrast, first, theoretically thinned the importance of the social in history and, second, neglected its role as the material ground of human affairs. Nevertheless, the social —this article claims— has to be refigured. This project does not deny the linguistic turn's theoretical inputs, but rather incorporates them within a revitalized social history, which commences by refiguring the very concept of the «social».

Keywords: the social, linguistic turn, social history, language games.

* Traducido por Miguel Ángel Cabrera (Universidad de La Laguna).

El giro lingüístico o cultural en el campo de los estudios históricos ha significado el rechazo de una cierta versión de la historia social —una versión que buscaba encontrar su certidumbre epistemológica en las categorías sociológicas y en los métodos cuantitativos—. Yo fui un entusiasta y temprano participante de este giro desde la historia social hacia la historia cultural o lingüística¹. Actualmente estoy convencido, no obstante, de que necesitamos recuperar algunas de las virtudes de la historia social que abandonamos. Estoy convencido de que nuestro énfasis sobre el lenguaje nos ha conducido a un debilitamiento del contenido social de la historia, a pasar por alto las transformaciones en la estructura material de la vida social y a una incapacidad para responder a los retos políticos planteados por el actual capitalismo globalizado². Sin embargo, a comienzos del siglo XXI, es simplemente imposible retornar a la historia social de los años 1960 y 1970. Una historia social renovada necesitará reformular lo social, aunque sin abandonar los enormes logros epistemológicos del giro lingüístico. El objetivo de este artículo es ofrecer un esbozo de dicha reformulación. Mi estrategia será la de partir de una posición radicalmente lingüística (la firme y enérgica defensa de Keith Baker de una concepción discursiva de la historia) para luego proceder a una elaboración más completa, sobre la base del giro lingüístico, de lo que podría considerarse como la dimensión social de la historia.

¿Es todo el mundo un texto?

En la introducción a *Inventing the French Revolution*, Keith Baker sostiene que tanto lo político como lo social son fundamentalmente lingüísticos. La política, dice, es

«la actividad a través de la cual, en cualquier sociedad, los individuos y los grupos articulan, negocian, implementan y hacen valer las respectivas

¹ Mi primera contribución al nuevo género se publicó en 1974: SEWELL Jr., W. H.: «Etat, Corps and Ordre: Some Notes on the Social Vocabulary of the French Old Regime», en WEHLER, H. U. (ed.): *Sozialgeschichte heute: Festschrift für Hans Rosenberg zum 70 geburtstag*, Göttinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1974, pp. 49-68.

² Para una amplia discusión de estos temas, véase el capítulo 2 de *id.*: *Logics of History: Social Theory and Social Transformation*, Chicago, University of Chicago Press, 2005, pp. 22-80. El presente artículo se basa en el capítulo final de este libro.

demandas que se hacen entre ellos y al conjunto. La cultura política es, en este sentido, el conjunto de discursos o prácticas simbólicas mediante los cuales son hechas esas demandas [...] La autoridad política es, desde este punto de vista, esencialmente una cuestión de autoridad lingüística: primero, en el sentido de que las funciones políticas son definidas y asignadas dentro del marco de un discurso político dado; y, segundo, en el sentido de que el ejercicio de esas funciones toma la forma de una confirmación de las definiciones autorizadas de los términos de ese discurso».

Pero, se pregunta Baker, ¿no niega esta definición «la relevancia de los intereses sociales para la práctica política»? Y su respuesta es que, en efecto, no existen «realidades sociales independientes de los significados simbólicos».

«Toda actividad social tiene una dimensión simbólica que le da significado, al igual que toda actividad simbólica tiene una dimensión social que le da forma. Lo cual implica afirmar que cualquier pretensión de delimitar el campo del discurso con respecto a las realidades sociales no discursivas situadas más allá de él apunta invariablemente a un dominio de acción que está él mismo constituido discursivamente. Implica afirmar que, en efecto, hay que distinguir entre diferentes prácticas discursivas —diferentes juegos de lenguaje—, más que entre fenómenos discursivos y no discursivos»³.

La implicación de este argumento parecería ser la de que «lo social» es una ilusión y que su invocación es un error analítico: lo que parecen ser influencias «sociales» sobre el discurso son, en realidad, sólo conexiones entre juegos de lenguaje. O bien se podría decir que Baker está redefiniendo lo social como una cuestión exclusivamente de *intertextualidad*. La interrelación de los seres humanos tiene lugar, parece estar diciendo Baker, exclusivamente a través del medio del lenguaje. Hasta donde yo sé, Baker está usando aquí el término lenguaje no como una metáfora, sino literalmente: para él, según parece, lo social realmente *es* lenguaje. En esta visión, la historia, o la sociedad, debe ser entendida como un texto complejo y de múltiples niveles que los seres humanos, constituidos ellos mismos por el texto, están sin embargo escribiendo y revisando continuamente. Pero, precisamente, ¿qué tipo de texto es el mundo? Baker es un especialista

³ M. BAKER, K. M.: *Inventing the French Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 4-5.

en lo que se podría denominar como «alta» cultura política (la teoría política y el debate político formal). Él sostiene que *todas* las prácticas humanas están discursivamente constituidas, pero en sus estudios históricos empíricos ha tratado realmente poco sobre el tipo de prácticas que son normalmente evocadas por el término «social» (asuntos tales como las relaciones laborales, el consumo, las formas de sociabilidad, el parentesco, la dinámica institucional, las jerarquías de estatus o la cultura material). ¿Qué significaría considerar a tales espacios de práctica como «juegos de lenguaje»?

El uso que hace Baker de la metáfora del juego de lenguaje parece sugerir que la clave para comprender las diversas prácticas consideradas como «sociales» es mostrar cómo éstas están constituidas por prácticas lingüísticas. Pero la implicación del término «juegos de lenguaje», tal como lo utiliza Ludwig Wittgenstein, apunta realmente en la dirección contraria. La metáfora indica que para conocer el significado de las palabras, hemos de comprender el sistema de actividades estructuradas e intencionales, el «juego», dentro del que son utilizadas. Es cierto que las palabras son intrínsecas a la actividad en cuestión —son juegos de *lenguaje*. Pero los significados de las palabras no son intrínsecos, sino que les son dados por el lugar que ocupan en la actividad que se está realizando. Como señala Wittgenstein, «la expresión '*juego de lenguaje*' debe poner de relieve aquí que *hablar* el lenguaje forma parte de una actividad o de una forma de vida»⁴. De lo que se sigue que, aunque toda actividad implica usos lingüísticos específicos y aunque el lenguaje es constitutivo de dichas actividades, éstas —es decir, los «juegos de lenguaje» o «formas de vida»— no son *reducibles* a lenguaje.

Esto es obvio en el caso del lenguaje que Wittgenstein sitúa en la base de sus *Investigaciones filosóficas*. Allí se nos pide que imaginemos un lenguaje usado en la comunicación entre un albañil y su ayudante, un lenguaje de sólo cuatro palabras: «cubo», «pilar», «losa» y «viga». En este juego de lenguaje, el albañil pronuncia una palabra (por ejemplo, «losa») y el asistente se la alcanza. En este ejemplo, que Wittgenstein caracteriza como «un lenguaje primitivo completo», está claro que el lenguaje de cuatro palabras sólo tiene sentido dentro

⁴ WITTGENSTEIN, L.: *Philosophical Investigations*, trad. de G. E. M. Anscombe, Nueva York, MacMillan, 1958, p. 11 (cursiva mía) (*Investigaciones filosóficas*, Barcelona, UNAM/Crítica, 1988, p. 39).

de la actividad o juego de lenguaje de la construcción, en el que los diversos materiales de construcción son alcanzados al albañil que los utiliza para levantar una casa, un templo o un establo⁵. El simple conocimiento de las palabras que constituyen el lenguaje no nos diría nada a menos que supiéramos qué es la construcción, por qué los materiales de construcción tienen que serle alcanzados al albañil y de qué manera se podrían ensamblar para construir una estructura. Claro que Wittgenstein era un filósofo del lenguaje y en las *Investigaciones filosóficas* no prestó una atención sistemática a los aspectos no lingüísticos de los juegos de lenguaje o formas de vida. Pero si hemos de hacer un uso serio de sus conceptos en el análisis de los procesos históricos, considero que debemos reflexionar con la misma seriedad sobre la parte de la metáfora de Wittgenstein relativa a los «juegos» que sobre la parte relativa al «lenguaje».

Podría ser útil, en este punto, pensar en los muchos juegos «primitivos» —como los deportes de competición— en los que el papel de la expresión lingüística *per se* es claramente secundario⁶. En el juego del baloncesto, por ejemplo, existen, por supuesto, términos lingüísticos para los diversos movimientos y objetos significativos: « tiro libre », « pase », « rebote », « línea de tiros libres », « tablero », « base », « línea de tres puntos », « tiro en suspensión », « ataque », « recuperación », « presionar », etc. En el baloncesto el lenguaje figura de muchas maneras. Hay reglas escritas; las infracciones de las reglas pueden ser explicadas verbalmente por los árbitros; las estrategias pueden ser desarrolladas y explicadas mediante el lenguaje; los entrenadores dan instrucciones a los jugadores en parte diciéndoles lo que están haciendo bien y lo que están haciendo mal; los equipos que juegan en ligas representan ciudades o (en el caso norteamericano) instituciones educativas y la identificación entre los equipos y las ciudades o instituciones educativas es alimentada sin cesar por la palabra hablada y la escrita. En todos estos sentidos, el juego del baloncesto está compuesto de lenguaje. Pero la mayor parte del saber y de la estrategia que hace funcionar al juego del baloncesto y que distingue a un jugador o a un equipo de calidad de otro mediocre no está compuesta principalmente de lenguaje. Es sobre todo una cuestión corporal o

⁵ *Ibid.*, p. 3. (p. 19).

⁶ En este punto sigo la sugerencia hecha por Stuart HALL en una conversación mantenida con él.

cinestésica. El tiro en suspensión es comunicado por un jugador a otro de manera visual, más que lingüística, y se llega a dominar a base de imitación y de repetición. El propio papel del lenguaje en la enseñanza del baloncesto está en función del registro cinestésico —«asegúrate de estar en lo más alto del salto antes de lanzar el tiro», «forma un arco un poco mayor sobre el balón» o «completa el movimiento de lanzamiento»—. Podría alegarse que este saber cinestésico constituye él mismo un sistema semiótico. Los jugadores con el suficiente dominio de esa cinestesia hacen indicaciones corporales y responden a las de los demás y son capaces de realizar innovaciones cinestésicas significativas que les permiten responder a las innovaciones de sus compañeros y oponentes. Además, los espectadores entendidos comprenden y aprecian esas indicaciones y respuestas. Una prueba de que la cinestesia del baloncesto es semiótica es que la estrategia se basa, con frecuencia, en el engaño corporal —como el amago de tiro a canasta, que hace que el defensor salte para taponarlo, tras lo cual el lanzador puede saltar para tirar sin obstáculos mientras el defensor está bajando—. Pero yo soy profundamente escéptico con respecto a la idea de que este sistema funcione realmente según reglas lingüísticas. Sería posible analizar la dimensión cinestésica del baloncesto como si poseyera una sintaxis y una semántica, o como un sistema de signos cuyos significados están determinados por sus relaciones de contraste con otros signos. Pero sospecho que todo esfuerzo por aplicar un modelo totalmente discursivo o lingüístico conduciría probablemente a una comprensión errónea de la dinámica del juego y a una pérdida de la lógica distintiva que caracteriza realmente al baloncesto (y lo mismo ocurriría con cualquier otro sistema de saber de carácter cinestésico).

La reflexión sobre juegos como el baloncesto nos lleva a revalorizar la importancia de la invocación de Baker de los juegos de lenguaje. Los diversos e interconectados dominios de la práctica —o juegos de lenguaje— que constituyen el objeto de estudio de la historia no son en absoluto reducibles a lo que habitualmente se denomina como lenguaje o discurso. Sin embargo, como creo que demuestra el ejemplo del baloncesto, son complejos sistemas de acción significativa. En este sentido, son sistemas semióticos o, si se quiere, puesto que conectan discursos con prácticas semióticas no discursivas, complejos semióticos. Por consiguiente, pueden adscribirse a la familia de métodos que son normalmente utilizados en el estudio de los fenómenos

lingüísticos, en los que las prácticas observadas son explicadas recurriendo a los paradigmas o códigos que permiten a los seres humanos producirlas. Una manera de devolver la dimensión social a la historia sería la de desviar nuestra atención de los discursos en su sentido estricto —es decir, las expresiones lingüísticas— e intentar especificar los códigos o paradigmas que subyacen a las prácticas significativas. Prácticas que parecen resistirse al análisis lingüístico y que podrían considerarse precisamente como del tipo de «realidades sociales no discursivas» que causalmente imponen límites o conforman los discursos. Ejemplos destacados de un esfuerzo en esta dirección ya existen, como el estudio de Richard Biernacki sobre la manera en que las concepciones sobre el trabajo, en gran medida implícitas y prácticas, estructuraron la experiencia laboral en las fábricas británicas y alemanas del siglo XIX, los estudios de Loïc Wacquant sobre las prácticas corporales de los boxeadores, los estudios de Peter Galison sobre los «lenguajes» de los aparatos mecánicos de la física o la breve pero brillante exposición de Anthony Wallace sobre la semiótica del pensamiento mecánico en la Norteamérica del siglo XIX⁷.

Un programa de investigación histórica como éste permanecería dentro del territorio delimitado por Baker cuando afirma que la invocación de una causalidad social se refiere a dominios de acción que están ellos mismos constituidos discursivamente. O, más bien, permanecería dentro del territorio delimitado por una versión ampliada o metaforizada de esa afirmación: que dicha invocación se refiere a dominios de acción constituidos por algún tipo de prácticas *semióticas*. Pero habría que radicalizar sustancialmente la afirmación señalando que los paradigmas o códigos puestos al descubierto por esa investigación son gobernados con frecuencia por lógicas semióticas que son muy diferentes, en su forma y en sus medios, de las de los códigos lingüísticos. Esta radicalización de la historia cultural implicaría la búsqueda de una variedad mucho más amplia de códigos

⁷ BIERNACKI, R.: *The Fabrication of Labor: Germany and Britain, 1640-1914*, Berkeley, University of California Press, 1995; WACQUANT, L.: «The Pugilistic Point of View: How Boxers Think and Feel About Their Trade», *Theory and Society*, 24 (1995), pp. 489-535, y *Body and Soul: Notebooks of an Apprentice Boxer*, Nueva York, Oxford, 2004; GALISON, P.: *Image and Logic: A Material Culture of Micro-physics*, Chicago, University of Chicago Press, 1997, y WALLACE, A. F. C.: *Rochdale: the Growth of an American Village in the Early Industrial Revolution*, Nueva York, Knopf, 1978, pp. 237-239.

semióticos⁸. E implicaría además que habría que prestar una mayor atención a cómo las prácticas semióticas realizadas en esos diferentes medios y según esas diferentes lógicas se *articulan* entre ellas.

El problema de la articulación

La cuestión de la articulación (o, dicho en términos más postestructuralistas, de la «sutura») de los discursos es una cuestión básica de la historia cultural. Por ejemplo, Leonore Davidoff y Catherine Hall han mostrado cómo, en la Gran Bretaña del siglo XIX, el discurso de la feminidad fue ensamblado con el discurso sobre el hogar de clase media para conformar una ideología de la domesticidad⁹. De manera similar, yo mismo he mostrado cómo en los años siguientes a la Revolución de julio de 1830 en Francia los militantes obreros unieron el discurso liberal sobre la libertad individual con su discurso corporativo sobre la solidaridad de oficio para crear una forma proto-socialista de conciencia de clase que giraba en torno al término clave de «asociación»¹⁰. En tales casos, los historiadores culturales muestran cómo ciertos actos particulares de invención lingüística fusionan o conectan campos discursivos previamente separados, alterando de este modo para siempre la semántica y la sintaxis de los dos campos ahora articulados.

Pero al darnos cuenta de que esos discursos están a su vez insertos en «juegos de lenguaje», el problema de la articulación se hace de

⁸ Si concebimos el mundo como compuesto de una amplia gama de prácticas semióticas, unas lingüísticas y otras no, entonces el tipo de historia intelectual de la «Escuela de Cambridge» practicado por Keith Baker (y al que se ha adherido también Gareth Stedman Jones) no parece constituir un modelo aplicable a los estudios históricos en general. Véase JONES, G. S.: «The Determinist Fix: Some Obstacles to the Further Development of the Linguistic Approach to History in the 1990s», *History Workshop Journal*, 42 (1996), pp. 19-35.

⁹ DAVIDOFF, L., y HALL, C.: *Family Fortunes: Men and Women of the English Middle Class, 1780-1850*, Chicago, University of Chicago Press, 1987 (ed. esp. abreviada: *Fortunas familiares*, Madrid, Cátedra, 1994).

¹⁰ SEWELL JR., W. H.: *Work and Revolution in France: the Language of Labor From the Old Regime to 1848*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980, pp. 194-218 (*Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848*, Madrid, Taurus, 1992, pp. 271-302) y «La confraternité des prolétaires: conscience de classe sous la monarchie de juillet», *Annales, E. S. C.*, 36, 4 (1981), pp. 650-671.

inmediato más complejo. Si nos atenemos a la interpretación que he expuesto más arriba, los juegos de lenguaje están constituidos, *en general*, por algo más que lenguaje. Cualquier discusión sobre un discurso debe tener en cuenta la articulación entre las prácticas lingüísticas y otras formas de práctica semiótica con las que constituye, conjuntamente, un juego de lenguaje. Un problema que sin duda los historiadores culturales han afrontado también en su trabajo. Y así, cuando Davidoff y Hall discuten el discurso del hogar de clase media, citan no sólo poemas y manuales, sino que señalan cómo esos discursos fueron articulados con las nuevas formas arquitectónicas y de jardinería, que hicieron que el discurso lograra una particular y poderosa plasmación material en barrios como el de Edgbaston, en Birmingham¹¹. Asimismo, el juego del baloncesto norteamericano, por volver a mi anterior ejemplo, implica articulaciones entre un cierto número de prácticas semióticas de diferente tipo. Los diversos movimientos y estrategias cinestésicos del baloncesto son articulados con lo que podríamos llamar los discursos técnicos de entrenadores y jugadores, con los códigos físicos de honor de los jóvenes urbanos afroamericanos, con los discursos de los medios de comunicación especializados, con las estructuras legales que regulan el juego sobre la pista, con los discursos de los anuncios publicitarios de las celebridades del deporte, con las estrategias financieras que, en combinación con el talento, determinan la remuneración económica de los jugadores, y con muchos otros. Lo que sostengo, en suma, es que para realizar un análisis cultural tenemos que afrontar el problema de la articulación entre diversas modalidades semióticas.

Normalmente se espera que las conexiones entre diversas modalidades de juegos de lenguaje den como resultado alineamientos más o menos estables, de modo que, por ejemplo, las estrategias cinestésicas del baloncesto y las reglas que gobiernan el juego se apoyen mutuamente. Es ante todo la mutua sintonía del lenguaje con otras prácticas semióticas lo que constituye un juego de lenguaje. Pero el ajuste entre ambos puede no ser perfecto. Las imperfecciones o los desajustes que se dan en la articulación entre diferentes modalidades de prácticas semióticas me parecen fuentes importantes de cambios en la conformación general de los juegos en cuestión —que es como decir de la vida social—. Para continuar con el ejemplo del baloncesto, una de

¹¹ DAVIDOFF, L., y HALL, C.: *Family Fortunes*, *op. cit.*, pp. 357-396.

las principales formas de estrategia cinestésica es inventar nuevas técnicas que estén en consonancia con las reglas, pero que dan ventaja al equipo que las emplea. Lo cual da lugar a la introducción de cambios compensatorios en las reglas, que a su vez llevan a otras innovaciones, que a su vez llevan a otros cambios en las reglas. La consecuencia es que las reglas, los movimientos cinestésicos y la forma general del juego han cambiado notablemente a lo largo del tiempo.

Una primera innovación del baloncesto fue contratar a un jugador excepcionalmente alto que se situara bajo la canasta para defender simplemente saltando e interceptando al balón cuando era lanzado a la canasta. El resultado fue que los equipos que adoptaban esta estrategia tendían a imponerse a los otros equipos. Esto llevó a que los que elaboran las reglas del juego introdujeran la infracción conocida como *goal tending*, que prohibía a un jugador defensor tocar el balón cuando el tiro de un oponente está en su trayectoria descendente hacia el aro¹². Desde siempre, uno de los principales factores dinamizadores del deporte ha sido, para los estrategas en cinestesia, el de buscar nuevas formas de sacar ventaja de la altura y, para los que elaboran las reglas, el de responder intentando contrarrestar las ventajas de la altura. La respuesta de estos últimos incluye la introducción de la «violación de los tres segundos», que impide que los jugadores altos se queden bajo el tablero durante el ataque; la ampliación de la línea de tiros libres y, con ella, de la zona en que se aplica la «violación de los tres segundos» y la introducción de la línea de tres puntos, que hace que los tiros de larga distancia valgan tres puntos en lugar de dos, dando así ventaja a los jugadores más bajos capaces de encestar desde esa distancia. El resultado ha sido una coevolución continua de las prácticas semióticas cinestésicas y legales que son articuladas para componer el juego del baloncesto.

La cualidad generativa de los desajustes entre prácticas semióticas de modalidades diferentes puede ilustrarse también con mi obra sobre la toma de la Bastilla durante la Revolución Francesa. En ella he mostrado cómo, en los días siguientes al 14 de julio de 1789, los diputados de la Asamblea Nacional llegaron a representar esta revuelta

¹² La National Collegiate Athletic Association introdujo la infracción del *goal tending* en 1944 para limitar las ventajas de jugadores altos como Bob Kurland (siete pies), del Oklahoma A. y M. y Bob Mikan (seis pies y diez pulgadas), del De Paul (HOLLANDER, Z.: *The Modern Encyclopedia of Basketball*, ed. rev., Nueva York, Four Winds, 1973, pp. 39 y 127).

urbana como un levantamiento legítimo del pueblo soberano, articulando de ese modo la modalidad de la violencia urbana y el discurso político de la soberanía popular en la nueva y aciaga categoría de revolución. La articulación entre la semiótica del comportamiento de la muchedumbre urbana y la semiótica de la teoría de la soberanía popular cambió el significado y las potencialidades de ambas, reforzando a la vez el poder de la muchedumbre y la ideología de la soberanía popular. Esta articulación, que creó la nueva categoría política de «revolución», resultó ser irreversible. El genio de la revolución, una vez liberado, no pudo ser encerrado de nuevo en la botella. Pero, al mismo tiempo, el juego de lenguaje de la revolución era dinámico e inestable, con nuevos estallidos de la violencia de la muchedumbre, teniendo que ser reajustados constantemente en la teoría política y con innovaciones discursivas en la teoría, dando lugar a nuevas posibilidades de violencia «revolucionaria». Los desajustes en las articulaciones de diferentes tipos de prácticas semióticas constituyen una potente fuente de cambio histórico.

Pero los desajustes de este tipo no son la única forma de desajuste entre prácticas semióticas. Igualmente importante es el problema de los desajustes entre el alcance, la escala y la posición de las prácticas que son objeto de articulación. De nuevo, algunos ejemplos ayudarán a aclarar este punto. He señalado antes que las estrategias cinestésicas del baloncesto se articulan con los códigos físicos de honor de los jóvenes afroamericanos. Puesto que las universidades norteamericanas reclutan a muchos de sus mejores jugadores de baloncesto en los barrios urbanos de clase obrera afroamericana, los entrenadores, árbitros y jugadores blancos consideran que el juego debe adecuarse a, y a la vez mantener bajo control, ciertas normas de la clase obrera afroamericana que regulan el ejercicio de y la resistencia a la intimidación física. La consecuencia de este desajuste espacial o posicional entre prácticas semióticas (códigos de honor localizados en los barrios de clase obrera afroamericana y prácticas cinestésicas localizadas en los gimnasios universitarios) que son distintas, pero que están articuladas, ha sido que se han producido cambios significativos en los movimientos cinestésicos y en las actitudes emocionales de los jugadores criados en los barrios blancos acomodados (o en Europa).

Hay incluso casos en que prácticas semióticas conectadas operan a escalas espaciales tan diferentes que su articulación parece tomar la forma de una compulsión sorda, más que de una comprensión inter-

subjetiva como la postulada por los modelos lingüísticos o hermenéuticos. Tomemos el juego de lenguaje de la previsión financiera de la clase media, que en Buenos Aires, Osaka, Oslo, Taipei o Atlanta actúa poniendo a salvo sus ahorros para el futuro. Este juego de lenguaje implica, obviamente, prácticas semióticas complejamente articuladas y que normalmente se refuerzan entre sí —discursos de ahorro, prácticas de mantenimiento de cuentas de ahorro, ciertas estrategias de pago a plazos, etc—. Pero todas esas prácticas están además articuladas indirectamente al futuro mercado financiero mundial, cuyas fluctuaciones pueden aumentar o vaciar las cuentas bancarias del ahorrador de clase media de la noche a la mañana. Una mínima reflexión deja claro que el mercado financiero es también un juego de lenguaje en el sentido en que lo he venido utilizando en este artículo. Desde el punto de vista de los operadores financieros, el peso argentino o el yen japonés son fichas en un juego a gran escala —un sistema semiótico en gran parte autónomo con sus propias reglas, estrategias, distinciones categoriales, vocabulario, señales, recompensas y motivaciones—. Pero los efectos de los movimientos en el juego financiero pueden ser devastadores para los jugadores de los otros juegos con los que está conectado. Si no, veamos los trágicos acontecimientos de 2001 en Argentina, cuando la masiva venta a la baja de pesos por parte de los operadores financieros tuvo un efecto devastador sobre los ahorradores argentinos, cuyas cuentas se redujeron a una fracción de su valor anterior. En el proceso, el propio juego de lenguaje de la previsión financiera de la clase media argentina se quebró, violentamente desarticulado por el golpe. Sus jugadores se vieron arruinados, los discursos del ahorro devaluados, las prácticas de ahorro abandonadas y las compras importantes aplazadas no hasta un futuro calculado, sino para siempre.

Contemplada desde el punto de vista del burgués ahorrador de Buenos Aires, la crisis del peso argentino podría parecer una especie de caso límite, en el que las articulaciones de las prácticas semióticas presentan tal grado de violencia y de inescrutabilidad que los modelos lingüísticos parecen desbordados. En coyunturas como ésta tendemos a llevarnos las manos a la cabeza y hablar del poder del sistema o de la dinámica interna del capitalismo. Sin embargo, si deseamos comprender tragedias sociales como ésta, en que los actores son devastados por fuerzas situadas totalmente más allá de su control, y lograr una mayor profundidad analítica, probablemente debamos intentar reconstruir las prácticas semióticas concretas y sus

articulaciones sin recurrir a «sistemas» o «dinámicas». En realidad, tales conceptos «macro» sólo son útiles si pueden ser identificados de manera concreta, mostrando de qué manera esos sistemas y dinámicas están compuestos de juegos interrelacionados de lenguaje. A menudo tendemos también a concebir esos procesos micro y macro como si funcionaran o al menos fueran descifrables en «niveles de abstracción diferentes». Pero las prácticas semióticas de los operadores financieros son de hecho tan concretas como las de los ahorradores de clase media (y a la vez tan abstractas, pues ambas son signos abstractos de valor enormemente manipulables). Lo que hace diferente a los operadores financieros es que la tecnología que emplean les permite operar a una escala espacial infinitamente más grande y que sus actividades implican recursos (realizan negocios de cientos de billones de dólares cada día) que superan la imaginación de incluso el más ávido de los ahorradores de clase media argentino.

Antes de abandonar el tema de la articulación quiero hacer un comentario adicional sobre la importancia analítica que tiene el reconocer que las prácticas semióticas presentan una variedad de modalidades y que los juegos de lenguaje incluyen siempre articulaciones entre modalidades lingüísticas y no lingüísticas. Hacer esta distinción me parece preferible a estirar la noción de lenguaje para abarcar todas las prácticas semióticas. Es mejor, en parte, porque nos permite reconocer algunas cualidades muy importantes del lenguaje que están ausentes o que no están tan presentes en otras prácticas semióticas con las que se articulan los juegos de lenguaje. Estoy pensando, sobre todo, en la capacidad reflexiva del lenguaje. Un usuario o usuaria del lenguaje puede reflexionar en el lenguaje sobre el lenguaje —o la iconografía o la práctica cinestésica— que él/ella y sus amigos/as usan. De hecho, puede incluso reflexionar sobre esas reflexiones, sopesando si el lenguaje que usa para hacer tales reflexiones es realmente el adecuado para sus propósitos o si, por ejemplo, necesita complementar su discurso evaluativo marxista habitual con argumentos formulados en términos freudianos o postestructuralistas.

No hay duda de que en otras modalidades semióticas es posible un cierto grado de reflexividad. Los historiadores del arte señalan que los pintores hacen comentarios sobre las diversas tradiciones de representación artística, por ejemplo, haciendo un uso satírico de las convenciones sobre la pintura del desnudo o desarrollando estilos que atraen la atención sobre el medio pictórico que se ha utilizado.

Pero las cualidades particulares del lenguaje como práctica semiótica —por ejemplo, su extraordinaria plasticidad y complejidad o su capacidad para marcar la temporalidad en los tiempos verbales o distinguir los modos indicativo, subjuntivo y condicional— lo convierten en un medio particularmente idóneo para reflexionar y evaluar. Mi exposición sobre la relación dialéctica entre las innovaciones cinestésicas y las respuestas innovadoras de las reglas del baloncesto puede servir para ilustrar el valor particular del lenguaje como medio de reflexión. La innovación cinestésica de situar un defensor excepcionalmente alto bajo la canasta para interceptar los tiros de los oponentes produjo una crisis en el juego, amenazando con reducir drásticamente los puntos obtenidos y hacer que el juego fuera menos divertido. Pero este problema cinestésicamente generado fue resuelto en el lenguaje: en deliberaciones de los que elaboran las reglas que condujeron a cambios en las reglas escritas. La cuestión del cambio de reglas para proteger la integridad del juego sólo podía ser planteada, discutida y resuelta en el lenguaje. En este caso, como siempre, el baloncesto sirve como una alegoría de la vida social en general, en la que la reflexión, la deliberación y la argumentación en el lenguaje juegan un papel destacadísimo en la organización de prácticas semióticas de todo tipo. En otras palabras, me complace afirmar que el lenguaje puede ser considerado como una forma especialmente importante de práctica semiótica. Importante porque su capacidad reflexiva permite organizar prácticas semióticas de todo tipo y, por tanto, tiene efectos particularmente grandes sobre el desarrollo de éstas. Pero sólo si usamos una noción restringida de lenguaje, sin pretender que toda acción humana es lingüística, podremos apreciar correctamente el poder del lenguaje.

¿Más allá del modelo semiótico?

El ejemplo de la crisis del peso argentino nos sitúa ante un complejo de juegos de lenguaje que ha sido especialmente poderoso e influyente en el mundo moderno: el capitalismo. Las relaciones sociales del capitalismo parecen echar por tierra, en numerosos casos, el tipo de historia semiótica que he venido defendiendo en este artículo. Una de las características destacadas de las prácticas semióticas del capitalismo es que privilegian las relaciones cuantitativas. Como sos-

tuvo Karl Marx en su famoso capítulo I de *El capital*, la generalización de la forma mercancía ha tendido a transformar toda clase de relaciones cualitativas en relaciones cuantitativas de valor económico¹³. Desde mi punto de vista, la forma mercancía debe ser entendida como una práctica semiótica. El dinero es un sistema simbólico abstracto que establece una equivalencia cuantitativa entre cosas que de otra forma no tendrían relación entre ellas (la técnica de los tejedores de Bangladesh, la producción de trigo en Ucrania y la concesión de créditos en São Paulo). Pero esta forma simbólica cuantitativa es lo que algunos autores marxistas han llamado una «abstracción real», una abstracción que informa la auténtica textura de nuestro mundo social¹⁴. Se podría decir que lo que la ubicuidad de la forma mercancía implica es que todos los tipos de prácticas semióticas son articulados en una familia especialmente poderosa de juegos de lenguaje —producción e intercambio capitalistas— que es esencialmente cuantitativa en su forma y que, por consiguiente, es intrínsecamente susceptible de comprensión mediante técnicas matemáticas. Dado que durante los últimos siglos el capitalismo ha conformado el mundo de manera tan poderosa, una aproximación semiótica a la historia no debe excluir los métodos cuantitativos y matemáticos de sus estrategias de investigación. Ningún intento de hacer inteligible la historia del mundo moderno puede tener éxito a menos que pueda descifrar la lógica y las dinámicas cuantitativas que el capitalismo incorporó a ese mundo¹⁵.

Otro rasgo destacado del capitalismo es su extraordinario impacto sobre el entorno material de las relaciones sociales. Ya Marx señaló, a mediados del siglo XIX, que las proezas materiales del capitalismo no tenían precedentes: «Sus maravillosos logros sobrepasan con mucho a las pirámides egipcias, los acueductos romanos y las catedrales góticas»¹⁶. Es cierto, por supuesto, que todas las prácticas

¹³ MARX, K.: *Capital: a critique of political economy* (introd. de Ernst MANDEL; trad. de Ben Fowkes), Nueva York, Vintage Books, 1977.

¹⁴ POSTONE, M.: *Time, Labour, and Social Domination: A Reinterpretation of Marx's Critical Theory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

¹⁵ El capítulo 10 de mi libro *Logics of History...*, *op. cit.*, contiene una exposición mucho más amplia sobre el problema del método cuantitativo y que, por razones de espacio, es imposible reproducir aquí.

¹⁶ Cita tomada de *The Manifesto of the Communist Party*, Marx and Engels Internet Archive, <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1848/communist-manifesto/ch01.htm>.

semióticas se realizan en algún tipo de medio material y que, por tanto, tienen efectos transformadores sobre el mundo material. Pero el capitalismo ha hecho eso, históricamente, a una escala tanto colosal como acumulativa. La dinámica tecnológica incorporada a la producción y el intercambio de mercancías bajo el capitalismo ha tenido como resultado la inmensa transformación material de los últimos dos siglos (el crecimiento de enormes ciudades, el desarrollo continuo de nuevos medios de transporte y de comunicación, la multiplicación de las fábricas, los centros comerciales, las granjas industriales, los rascacielos, los vertederos de basuras, los centros de investigación, los puertos y las universidades, incluso la transformación del clima de la tierra). Las prácticas semióticas del capitalismo han resultado de una transformación masiva y permanente del entorno de la sociedad humana. Cualquier método que pretenda captar la historia del capitalismo debe ser capaz de hacer inteligibles esas transformaciones.

Pero el problema de ese entorno es, en mi opinión, un problema general de los estudios históricos, y no sólo un problema de la historia del capitalismo. Las actividades humanas no son sólo realizaciones semióticas (es decir, realizaciones cuya producción se basa en la manipulación e interpretación de códigos semióticos). Son también, *simultáneamente*, actos en y sobre entornos materiales. De hecho, lo que convierte a la acción semiótica en *histórica* es que tiene la capacidad de transformar el entorno en que tiene lugar. Las propias innovaciones semióticas son efímeras y lógicamente reversibles; sólo tienen el poder de imponer transformaciones duraderas a los códigos semióticos preexistentes cuando son algo construido en el mundo, cuando tienen efectos duraderos sobre el mundo que afectan a los actores. Tomemos el tiro en suspensión en baloncesto, que inicialmente debe haber parecido una innovación cinestésica terriblemente torpe. El tiro en suspensión fue una innovación exitosa (acabando por ser crucial en el repertorio de la mayor parte de los jugadores) porque los jugadores que lo incorporaron a sus destrezas corporales anotaban más puntos y ganaban más partidos. Las ventajas del tiro en suspensión eran materiales y demostrables: era mucho más difícil de bloquear para un defensor, podía ser realizado mientras el jugador corría a gran velocidad y permitía al jugador moverse de espaldas a la canasta y luego lanzar súbitamente de cara a ésta. De ahí que el tiro en suspensión se convirtiera en la práctica corporal más concreta de todos los jugadores de baloncesto.

De modo similar, la articulación de la revuelta urbana con la soberanía popular en la nueva figura semiótica de la Revolución tuvo éxito en los meses y años que siguieron al verano de 1789 no por la elegancia formal de la nueva figura semiótica, sino porque unció las energías físicas y emocionales de cientos de miles de franceses y francesas, en París y en provincias, a los proyectos de la Asamblea Nacional. En la noche del 4 de agosto de 1789, sus poderes materiales se pusieron de manifiesto y fueron enormemente ampliados. En esa ocasión, la Asamblea Nacional utilizó los poderes que la nueva figura semiótica de la Revolución le confería para transformar por completo las estructuras institucionales fundamentales del Estado y la sociedad franceses (por ejemplo, aboliendo las rentas señoriales en el campo y una amplia gama de privilegios monetarios y honoríficos y confiscando las tierras de la Iglesia y utilizando los bienes nacionales [*biens nationaux*] creados de ese modo para financiar el nuevo Estado revolucionario). Al instaurar un nuevo orden administrativo e institucional, nuevas formas de derecho de propiedad y una nueva base financiera para el Estado, la Asamblea Nacional introdujo profundamente la revolución en la vida cotidiana y en los cálculos estratégicos de los ciudadanos. Lo cual convirtió a la revolución en un complejo «hecho consumado» al que resultaría imposible dar marcha atrás (incluso treinta y cinco años después, cuando la derrota de Napoleón condujo a la restauración de la monarquía borbónica). Lo que ocurrió en el caso del tiro en suspensión y en el de la nueva categoría política de revolución ocurre, creo, de manera general. Los cambios importantes y duraderos de las prácticas semióticas —es decir, de la vida social— sólo pueden ser explicados rastreando en el tiempo los efectos de las innovaciones semióticas sobre el mundo material, mostrando de qué manera éstas llevan a la construcción de hechos consumados cuya presencia y continuidad refuerzan (aunque a la vez pueden modular) las innovaciones semióticas iniciales.

El punto fuerte de la aproximación semiótica a la historia radica en su capacidad para dar cuenta de los códigos o paradigmas que motivan o hacen posibles las acciones históricas. Pero no tiene la misma capacidad para dar cuenta de los efectos acumulativos de la acción, que están con frecuencia en pugna con las intenciones que las motivan. Una de las formas en que el problema de los efectos acumulativos ha sido abordado por los estudios históricos ha sido bajo la rúbrica de la «construcción social» (o «construcción cultural»). La

metáfora de la construcción social suele ser utilizada para indicar que alguna noción o forma social considerada como natural o necesaria (por ejemplo, la etnicidad, la nación, la enfermedad mental, la raza o los papeles de género) es de hecho un producto históricamente contingente, resultante de alguna compleja serie de acciones humanas. El principal objetivo político de la metáfora de la construcción es el de subrayar, por ejemplo, que los papeles de género podrían disponerse de una manera completamente diferente o que las naciones podrían desaparecer por completo en el futuro del paisaje político. Su principal objetivo analítico es ofrecer una explicación histórica de cómo la nación fue institucionalizada y, de ese modo, convertida en hábito e incorporada a los supuestos, vocabularios y paisajes del mundo social hasta llegar a ser considerada como natural. La metáfora de la construcción social pone el énfasis en el carácter histórico o acumulativo de los constreñimientos y mecanismos que dirigen nuestras acciones hacia metas que no hemos elegido. Sugiere que una de las razones de que carezcamos de un control discursivo completo sobre nuestras vidas es que nuestras acciones están permanentemente sometidas a hábitos y prejuicios cuyos orígenes semióticos no comprendemos del todo.

La noción de construcción social apunta, ciertamente, en la dirección correcta, pero tal como suele usarse habitualmente, el término presenta ciertas limitaciones. Se suele utilizar para indicar que un cierto componente del mundo social es construido (los papeles de género, la nación, la raza o la ciencia). Sin embargo, quienes emplean el término tienden a subrayar los cambios en el significado lingüístico, más que las transformaciones materiales en que se inscriben los cambios lingüísticos. Creo que necesitamos un término que subraye tanto la cualidad de construido de *todo* mundo social como la importancia de la plasmación material. Un término que daría cuenta de cualquier construcción social dada, pero como parte de una estructura social material universalmente construida (y continuamente reconstruida). El término que sugiero, que tomo de la Geografía Humana, es el de «entorno construido» (*built environment*). Lo utilizaré en el resto de este artículo para argumentar que una concepción del mundo social como constituido por un complejo de prácticas semióticas articuladas requiere, como una suerte de pareja dialéctica, de una concepción del mundo social como un entorno construido.

Estoy tomando el término entorno construido como una metáfora epistémica, como una forma de pensar no simplemente sobre carreteras, alcantarillas, aeropuertos, fábricas y viviendas, sino sobre el mundo social en general. Los seres humanos somos, después de todo, animales transformadores del entorno. La acción humana tiene lugar en un mundo físico, pero dicha acción transforma profundamente la naturaleza de ese mundo para adecuarlo a los propósitos humanos. Y lo hace reorganizando los elementos del mundo (a través, por ejemplo, de la agricultura, la industria y la construcción de edificios y medios de transporte). En este sentido, los seres humanos literalmente construyen y reconstruyen su entorno físico. La construcción del entorno interviene poderosamente en nuestra existencia social. Nuestra rutina diaria, aquellos con quienes interactuamos, cómo nos ganamos la vida, nuestro sentido de los límites del mundo manipulable, los medios para lograr la acción coordinada de las personas, todo ello está constantemente mediado (haciéndolo posible y a la vez constriñéndolo) por el entorno construido. Aunque, a la vez, la actividad humana transforma el entorno construido. El mundo que habitamos es constantemente modificado por la actividad humana, aunque de un modo que está prefigurado por los constreñimientos y posibilidades del entorno construido previamente existente. Las reservas preexistentes de recursos espacialmente fijados continuarán teniendo efectos sobre el mundo social durante mucho tiempo.

Los rasgos del entorno construido pueden muy bien ampliarse metafóricamente para caracterizar a la vida humana en general. Nacemos en el seno de rutinas establecidas, entornos institucionales, hábitos de pensamiento y técnicas de producción que median nuestras interrelaciones humanas. Pero al actuar dentro de esas formas dadas y específicas de vida no sólo reproducimos, sino que también alteramos las rutinas, reemplazamos o reformamos las instituciones, aprendemos a pensar de manera diferente e inventamos nuevas técnicas de producción. Nuestro paso por la vida no sólo lega a nuestros descendientes un mundo físico transformado por nuestra actividad colectiva, sino una compleja estructura social en la que nuestras actividades han entretejido nuevos patrones, nuevas distribuciones de recursos y nuevos protocolos para la práctica semiótica que estructurarán las actividades de nuestros sucesores. Aunque también es cierto que las formas de vida tienden a tener una cierta inercia. Tienen una podero-

sa tendencia a perdurar a través del tiempo, sobreviviendo incluso a episodios de profunda transformación social.

Creo que la relación entre práctica semiótica y entorno construido debería entenderse de manera dialéctica. La dialéctica permitiría rastrear la constitución recíproca de la forma semiótica y la encarnación material. Las prácticas semióticas son realizadas por personas de carne y hueso a través de medios físicos (sus cuerpos; tinta y papel, madera, piedra, metal e industria; suelo, agua, animales y plantas; *chips* de silicona, cables de cobre, rayos láser, tubos de rayos catódicos y cables de fibra óptica). La realización de nuestras prácticas semióticas organiza, combina, acumula y desagrega esos medios físicos en lugares concretos de la superficie terrestre. La creación y transformación creativa de los códigos semióticos se realiza aprovechando las características de los medios físicos, pero esos medios, dado que están sometidos a otras determinaciones diferentes de la semiótica, son también un factor limitante, puesto que actúan a su vez sobre los códigos que se sirven de ellos (los cuerpos requieren alimento, tienen deseo sexual, cambian con la edad y, llegado el momento, mueren; el papel y la tinta son perdurables, pero han de ser protegidos de los elementos; los minerales y la materia orgánica del suelo deben ser repuestos para que sigan siendo fértiles; los mensajes pueden enviarse instantáneamente a través de los cables de fibra óptica; la carne y los cereales se echan a perder, aunque a un ritmo diferente; los edificios son caros de construir y de demoler). Los medios físicos de la acción humana (incluyendo, recordémoslo, el propio cuerpo humano) están en interacción constante con las prácticas semióticas, dando lugar a la escasez y a la abundancia, modulando el significado de las prácticas, limitando el alcance de los discursos y proyectándolos lejos de sus lugares de origen, haciendo posible el desplazamiento de unas prácticas semióticas por otras, dando lugar a correlaciones entre algunas prácticas (como el cultivo del trigo o el desarrollo de Internet) y ciertos emplazamientos geográficos (Ucrania o San Francisco). De esta y de otras maneras, lo social como entorno construido y lo social como práctica semiótica están constante y necesariamente entrelazados.

Una observación final sobre el entorno construido: de igual modo que las prácticas semióticas o los juegos de lenguaje difieren enormemente en su alcance y escala, así ocurre con los entornos construidos, tanto en un sentido literal como metafórico. Los juegos de lenguaje del

mercado financiero internacional implican y dan lugar a una red informática mundial unida a través de satélites y de cables de fibra óptica (un entorno construido, en el sentido más literal). Pero, a la vez, suponen un conjunto cambiante e internacionalmente compartido de instituciones empresariales, leyes y normas, así como una lengua franca común (el inglés), que son los que permiten a los operadores realizar sus prácticas semióticas teniendo la seguridad de que la acción de un operador de Singapur será entendida inmediatamente en Frankfurt o São Paulo. Las prácticas semióticas que constituyeron el Imperio británico en el siglo XIX supusieron la construcción de una cadena de bases navales y de estaciones de suministro de carbón a lo largo del mundo, así como la elaboración e implantación de unos rituales de distinción colonial que hicieron que el servicio colonial fuera inmediatamente reconocible en Delhi, Kampala, Rangún o Nairobi¹⁷. Como en el caso de las prácticas semióticas, la cuestión de la articulación entre entornos construidos de escalas diferentes (entre, por ejemplo, la actual red financiera global y las diversas prácticas locales en las «ciudades-mundo» en que se realizan las operaciones o entre las normas del servicio colonial británico y las costumbres de los aldeanos ugandeses) marca, actualmente, algunas de las líneas divisorias más importantes en el campo de la investigación social e histórica.

* * *

¿En qué sentido, entonces, habría que reformular lo social? Lo social es una red articulada y cambiante de prácticas semióticas que construye y transforma los marcos materiales que establecen las matrices de esas prácticas y que delimitan sus consecuencias —es decir, un entorno construido—. El método fundamental para comprender lo social, entendido de este modo, es interpretativo. Es decir, debe explicar las realizaciones humanas mediante la reconstrucción de los códigos semióticos que las hicieron posibles. Pero este enfoque interpretativo debe ser ampliado para abarcar a los entornos cons-

¹⁷ Véase RANGER, T.: «The Invention of Tradition in Colonial Africa», y COHN, B. S.: «Representing Authority in Victorian India», en HOBBSAWM, E., y RANGER, T. (eds.): *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 165-210 y 211-262 (*La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002).

truidos que son el efecto de esas realizaciones (es decir, a la construcción social y a la historia de las matrices materiales de la interacción humana). Redefinido de este modo, lo social continuaría dentro del amplio marco epistemológico establecido por el giro lingüístico, pero permitiría a los historiadores abordar, de una manera novedosa, una serie de problemas relevantes que preocupaban a la vieja historia social, pero que han sido dejados de lado por los autores adheridos al giro lingüístico.